

Obituarios a destiempo

Contra mí mismo

Sealtiel Alatríste

Me lo presentó Rosalba Garza sin que yo supiera el motivo por el que me lo quería presentar. Me había invitado a una comida, como tantas que ella ha organizado para sus muchos amigos, y ya que estaba ahí me advirtió que también había invitado a alguien que quería conocerme. Me sentí un tanto sorprendido y sospeché que ese alguien era un escritor que pretendía entregarme un manuscrito. Por entonces dirigía la editorial Alfaguara en México, asociado con Juan Cruz quien la dirigía en España, y en los últimos años la habíamos consolidado como una de las editoriales literarias con mayor prestigio, y era común que un autor nos buscara para que lo publicáramos, los más, para entregarnos manuscritos que no valían la pena. Tendría que agregar que esa manera que tienen algunas personas para presentarse, utilizando a un intermediario, no me parecía el mejor recurso para ser publicado; bastaba con ir a la editorial, decir quién eras y entregar tu manuscrito; en Alfaguara teníamos la costumbre de leerlos todos y dar una opinión sincera, positiva o negativa, pero sincera. Quizás a esto se debía mi prevención ante la advertencia que me hizo Rosalba Garza.

Poco después llegó un muchacho cubano con su mujer o compañera, una chica menuda de evidente ascendencia árabe. Él, bastante más alto que ella, tenía el caminar perezoso de los habaneros, la risa fácil y una voz callada y ronca, pero algo cantarina. Me llamó la atención, no sé por qué, el cigarro colgado en la boca; parecía pertenecer a su cara, era como su nariz o sus ojos, un apéndice más; o estaba ahí como si fuera un gesto, una mueca, un tic nervioso, algo pegado a la piel. Y sí, era el autor que me quería presentar Rosalba; y sí, traía un manuscrito para entregarme; pero apenas lo vi, me estreché la mano (alguien dijo su nombre, Eliseo Alberto, pero él se presentó como Lichi), dejé a un lado la aprensión, me cayó bien y me dieron ganas de saber qué tipo de autor era. Comprendí de inmediato, tampoco sé por

qué, que era tímido, o más bien, cohibido por naturaleza, y necesitaba de esos soportes de la amistad (como la que le había brindado Rosalba) para ir caminando por la vida. Le hubiera sido imposible presentarse en la editorial él solo, a pesar de que era hijo de un poeta al que yo y muchos admirábamos de siempre, Eliseo Diego.

Nos pusimos a platicar en grupo no recuerdo de qué, porque mi memoria sólo retiene el momento en que Lichi me entregó su manuscrito. Es probable que Rosalba se hubiera dado cuenta de que me había sorprendido que me invitara con el propósito de presentármelo pues, sin venir a cuento, en uno de esos momentos en que las conversaciones quedan en silencio, se disculpó por haberlo hecho. “Perdona que no te lo hubiera dicho antes”, me dijo, “pero Lichi tiene un libro muy bueno que no te debes perder”. Él no dijo nada, me miró aspirando de su cigarrillo y me alargó un paquete con un montón de cuartillas sostenidas entre sí por una liga. No es mi costumbre normalmente ponerme a leer de inmediato, en situaciones semejantes dejo las hojas a un lado y agradezco la entrega; es una suerte de pudor, me parece de mala educación hacer lo contrario, o tal vez sea una simple protección para que no se note lo que la lectura me inspira; pero esa vez no pude contenerme y empecé a leer fragmentos salteados de la primera página. “El primer informe contra mi familia me lo solicitaron a finales de 1978. En el verano del año anterior yo había sido movilizadado como teniente de la reserva y cumplía treinta y seis meses de servicio militar activo en una trinchera cualquiera de La Habana... Corrían a caballo tiempos difíciles. El frente de batalla de la contienda Cuba-Estados Unidos se había desplazado a tiro limpio hasta las costas de África... Por obra y gracia de la política de reunificación familiar, y por primera vez en veinte años de disputas ciegas, se permitía un acercamiento entre los de la isla y los del exilio... Oficiales superiores me citaron en la jefatura de mi unidad para



explicarme sin dramatismos que, por práctica reglamentaria en cualquier ejército del mundo, yo debería mantener informados a los aparatos de inteligencia y la contrainteligencia militares de todo contacto con visitantes extranjeros, sin distinción de posturas políticas...”. Comprendí de inmediato que tenía un libro muy interesante entre las manos, quería seguir leyéndolo, pero eso sí hubiera estado muy mal, habría sido signo de un interés desmedido, y si mi corazonada no era cierta me habría sido complicado explicar que a mi entusiasmo le había seguido la desgana. No era sólo una postura: recibir un manuscrito de alguien es como tomar su vida en las manos; un texto, por malo que sea, representa mucho para quien lo escribió, y dárselo a leer a alguien para que lo juzgue, aún más, para que lo acepte o lo rechace, implica una gran responsabilidad; y yo me cuidaba mucho de ser respetuoso con los sentimientos de cada autor; más aún con ese libro, que anunciaba, con el título sobrecogedor de *Informe contra mí mismo*, que el asunto era mucho más delicado: por lo poco que había leído estaba seguro de que habría muchas confesiones y mucho dolor familiar. Así que, a pesar del entusiasmo que despertó en mí, dije que lo leería más tarde.

Esa noche, a pesar de la cantidad de vino y güisqui que habíamos consumido en la larga comida que nos dio Rosalba, empecé a leer el manuscrito. Era domingo, tarde, y suspendí la lectura en la madrugada del lunes. No sabía que la novela que Lichi había publicado anteriormente se llama *La eternidad por fin comienza un lunes*, pero era un título premonitorio (tomado de un poema de Eliseo Diego) para lo que le esperaba a Lichi en el futuro. Este nuevo libro era conmovedor, muy bien escrito, interesante, triste, a veces divertido: un gran texto. Sin esperar más, le hablé a Juan Cruz a Madrid y le dije que me habían entregado un manuscrito conmovedor, original, que debíamos publicar a la brevedad. “¿De quién es?”, preguntó Juan. “De un tal Eliseo Alberto, hijo de Eliseo Diego. Le dicen Lichi”. “Alguien ya me había hablado de él”, me contestó Juan, “mándame el manuscrito con urgencia”. Era el año 96, si ya había correo electrónico no lo usábamos todavía, a lo mejor ni siquiera sabíamos usarlo, así que en la oficina saqué una copia y se la envié por mensajería especial. Fue el prin-

cipio de una larga amistad, y de editar los libros que siguieron (incluido *Canacol beach*, novela con la que Lichi ganó el primer Premio Alfaguara de Novela, junto con Sergio Ramírez), hasta que un lustro después dejé la editorial para ir a vivir a Barcelona.

En todos estos años lo vi muchas veces, en España o cuando venía de visita a México, nos reuníamos a desayunar y platicábamos de muchas cosas. Hará cosa de un año me llamó para decirme que estaba enfermo, necesitaba un trasplante de riñón, y quería ver si lo podía ayudar a conseguir uno. Tantos años de fumador empedernido, tanto ron y güisqui que se metió al cuerpo, le estaban pasando la factura. Desde la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM traté de averiguar si se podía acelerar el procedimiento de donación, pero me dijeron que el orden en que se otorgaban los órganos era muy estricto y no se podía hacer nada, lo mejor era que el paciente tratara de conseguirlo con un familiar o un amigo; el papá de Deborah Holtz, que participa en un grupo que promueve la donación de órganos, en especial riñones, tampoco pudo hacer mucho. Vi a Lichi una vez más, en un acto de lectura colectiva junto al Museo Nacional de la Revolución; se le notaba muy mal, abotagado, con un cansancio a cuestas que apenas le permitía llevar el cuerpo, parecía cargarse a sí mismo más que caminar; por fortuna, me dijo, le habían conseguido el riñón, y en poco tiempo le harían el trasplante. Lo abracé y le deseé lo mejor, pero mis deseos no se cumplieron; según me dijo Jorge F. Hernández, aunque el trasplante fue un éxito, sus pulmones debilitados por tanto cigarrillo, no resistieron más. Me dicen, incluso, que antes de meterse al quirófano, en secreto, dio una última bocanada a un cigarrillo que pidió prestado. Ahí dejó la vida.

Pienso ahora en aquella tarde en que empecé a leer su manuscrito, tan íntimo, tan doloroso, tan cubano, tan entrañable para muchos, y me pregunto qué tanto daño le habrán hecho aquellos informes que le pidieron contra su familia, esos informes con que el régimen castrista quería probar que cada uno de sus ciudadanos, como escribió Lichi, se sabía uno más entre los miles de obreros, estudiantes y profesionales que dieron un paso adelante para ocupar el sitio que la Revolución Cubana les había asignado en la vanguardia de la historia.